

cilio, se liberta y se distrae de las impertinencias y arrebatos de una mujer celosa y colérica (1), así los pecadores, entregándose á las diversiones, los placeres, los pasatiempos y los espectáculos, buscan y encuentran en ellos una diversion, una distraccion propia para calmar el dolor de la pérdida de Dios, en la separacion de Dios en que viven por el pecado. En tercer lugar, la pérdida de Dios por culpabilidad, es en verdad una pérdida real y efectiva; pero no es absoluta, irreparable, eterna. Cuando se pierde á Dios por el pecado, siempre queda la esperanza de volverle á encontrar por medio del arrepentimiento. En el corazon de los más grandes pecadores se conserva siempre esa secreta esperanza que les hace decir para sí mismos: ¡Día llegará en que me reconcilie con Dios!..... Cuando me libre de esta ocasion, cuando se haya calmado esta pasion, cuando haya pasado el tiempo de mi juventud, dejaré el pecado para buscar la gracia, haré una buena confesion, me convertiré, y haré la paz con Dios. Con frecuencia, es cierto, el pecador es el juguete de esa esperanza; pero entre tanto basta para disminuir el sentimiento la pena de la pérdida que ha sufrido por el pecado; y la posibilidad de volver á encontrar á Dios en el porvenir le impide el sentir de una manera tan viva la desgracia de estar separado de Él en lo presente. Con todo, ¡cuán penoso es todavía para el alma pecadora, aún en este mundo, esa pérdida de Dios por culpabilidad! Ella basta para emponzoñar todos los placeres, acibarar todas las delicias, desterrar del corazon todo verdadero contento, toda tranquilidad, toda paz; para abrir en el corazon desgarradoras heridas, despertar punzantes remordimientos, crear terribles alarmas, aprensiones funestas, proporcionar dias muy tristes y noches todavía peores, hacer la vida pesada, insoportable, odiosa, hasta conducir con frecuencia al suicidio. ¡Ay! Un corazon separado de Dios por el pecado, es un corazon inquieto, un corazon trabajado, un corazon atormentado, un corazon verdugo de sí mismo. Nos habeis formado para Vos, ¡Dios mio! y nuestro corazon está siempre inquieto hasta que descansa en Vos! (2) Pues bien, si esa pérdida de Dios en este

(1) Mulier rixosa conscientia mala. (S. Aug.)

(2) Fecisti nos ad te, Deus, et irrequietum est cor nostrum donec requiescat in te. (Ibid.)

mundo, aunque sea poco comprendida, porque Dios es poco conocido; aunque no sea una pérdida sin compensacion alguna, porque aquí abajo hay con qué distraerse y aturdirse; aunque no sea una pérdida sin esperanza, porque está en la eleccion del pecador hacerla cesar detestando el pecado; si no obstante es una pérdida que pone en una tortura tan espantosa el espíritu y el corazon, ¿qué será la pérdida de Dios por el castigo en el otro mundo, allí en donde Dios será conocido claramente por el soberano bien que es, allí en donde no habrá ningun bien capaz de compensar la pérdida del Dios criador, allí en donde ya no se puede conservar la esperanza de volver á encontrar algun dia lo que se ha perdido?

Pues que ese destierro de la presencia divina, una vez pronunciado, será irrevocable; en vano los desgraciados gritarán desde el fondo del abismo: ¡Oh Dios! Dejadnos por piedad ver al ménos una vez ese rostro que salva (1). No recibirán otra respuesta que de «No sois mi pueblo, ni Yo soy vuestro Dios: *Vos non populus meus.*» Hombres profanos de mirada lasciva, que sólo fuisteis sensibles á la belleza carnal, culpables adoradores de terrestres ídolos, id á buscar en el fondo del infierno esa criatura desgraciada á la que arrebatasteis el tesoro de su pudor, esa criatura cómplice de vuestros desórdenes, y ahora compañera de vuestra desolacion y de vuestro eterno castigo. Id á gozar de esa presencia que os hizo gustar algunos instantes de homicidas dulzuras; contemplad á vuestro placer esas facciones que encendieron en vosotros el fuego del amor profano, y que ahora atizan sobre vosotros el fuego de la cólera eterna. En el exceso de vuestra pasion deciais que no conociais otra felicidad que la de estar á su lado y prodigarla vuestras caricias. Pues bien, ¡vedla ahí para siempre cerca de vosotros, para siempre delante de vosotros; fijad bien en ella vuestras miradas; podeis á vuestro placer gozar de ese rostro, en otro tiempo tan seductor, ahora tan repugnante y deforme, que antiguamente hizo vuestra felicidad y ahora os desconsuela!.....

Mas por lo que hace á la faz divina, que admiran los ángeles, en la que se complacen los santos, sin poderse saciar jamas de ella, cuya hermosura siempre antigua y siempre nueva

(1) Ostende faciem tuam et salvi erimus. (Ps. LXXIX.)

no pierde nunca su gracia y su esplendor, cuyos purísimos atractivos, cuyos encantos infinitos arrebatan todos los corazones sin corromperlos, la única que puede ser acariciada sin remordimientos, amada sin peligro, vosotros no la veréis jamás. Dios la oculta y la ocultará siempre á vuestras miradas. ¡Ay! dice la Sagrada Escritura: por consecuencia de esa pérdida, de esa privación, las almas de los réprobos serán continuamente presa de un tormento espantoso, horrible (1).

La ley de amar á Dios sobre todas las cosas, léjos de ser en el fondo muy pesada para la criatura, es, por el contrario, un privilegio, un beneficio. Pues bien, ese privilegio y ese beneficio han sido retirados al condenado. No sólo está dispensado de la obligación, sino que está despojado del honor, de la ventaja de poder amar á Dios. Porque en la vida no quiso amarle en virtud del precepto, en el infierno se ve precisado á aborrecerle por el desórden de la voluntad. No quiso amarle por eleccion de mérito, le odia por necesidad de castigo. Los dulces nombres con que Dios nos permite invocarle en las penalidades de la vida, como, por ejemplo, los de Padre, en virtud de nuestra adopción; de Redentor, por sus beneficios; de Amigo, por la confianza que inspira; y de Esposo, por la ternura de que nos da pruebas, están prohibidos al réprobo; no puede hacer uso de ellos; para él se han convertido en los títulos terribles de Juez severo, de vengador supremo, y de enemigo implacable. No les es concedido el ver y el considerar á Dios sino bajo estos últimos aspectos; y así se encuentra colocado en la dura necesidad de tener que odiarle. Dios aborrecido del pecador, tal es la triste situación del condenado en el infierno; por eso la Sagrada Escritura llama á la condenación el tiempo del odio (2), y al infierno el pozo del abismo, la mansión de la enemistad irrevocable y eterna (3).

Pero el odio concentrado del condenado para con Dios no le quita, como ya hemos dicho, el deseo natural de poseerle. La inclinación á Dios, que fué colocada en su corazón para su consueño, permanece en él para su castigo. Dios no cesa de

(1) *Cruciatu spiritus eorum in ipsis. (Job, x.)*

(2) *Tempus odii. (Ecccl., III.)*

(3) *Appellavitque eum inimicitias. (Gen., XXVI.)*

atraerle á Sí por el encanto de sus atractivos, mientras le rechaza por el rigor de sus venganzas. Esa inclinación, tan viva por instinto, llega á ser todavía más violenta en los apuros de la extrema miseria. El impulso de la naturaleza está fortalecido por el horror de la condición. En el exceso de los males que le atormentan, la unión con Dios sería el único medio de evitarlos. Corre, pues, se afana, se lanza hácia Dios, no sólo para encontrar en Él al soberano bien, sino también para sustraerse al soberano mal.

Héle ahí, pues, colocado en un estado contradictorio, en un estado en la necesidad extrema que tiene de amar á Dios para ser socorrido por Él, le reduce á la horrible necesidad de aborrecerle, después que Dios se niega á dejarse amar de él; en un estado en que atraído continuamente hácia Dios por la ley de su naturaleza, es constantemente rechazado de Él por el desórden de su falta, en un estado en que no puede unirse á Dios como amigo por razón de su pecado, ni puede resignarse á permanecer separado de Él á causa de su inclinación instintiva; en un estado en que no encuentra jamás al Dios que busca, y en que encuentra siempre al Dios que evita; en un estado en que buscando al Dios misericordioso, no halla más que al Dios irritado; en que deseando al Dios Padre, no encuentra más que al Dios Juez; en que suspirando por el Dios Esposo, no descubre más que al Dios enemigo; y mientras le desea con ardor como centro de toda felicidad, le detesta como autor de su suplicio. ¡De ahí, qué dislaceración de corazón, qué suplicio, qué tormentos!.... (1).

¡Si al menos pudiese disimular, adormecer los impulsos de su corazón hácia Dios, puesto que no puede satisfacerlos!.... Mas ¡ay! su cadena es tan fuerte que no puede romperla, aún cuando no puede soportarla. Su inclinación es tal, que no puede ni suprimir la causa ni impedir los efectos. Es tal el ardor de sus deseos, que ni puede sofocarlos en su principio, ni alcanzar su objeto. Su pasión es tal, que conserva siempre la misma violencia, aunque no tenga la más pequeña esperanza de satisfacerla jamás. Lo mismo que un pajarillo sujeto en los lazos del cazador, se agita y procura á cada instante lanzarse hácia el cielo

(1) *Cruciatu spiritus eorum in ipsis. (Job, x.)*

con impetuosidad, y no cesa de renovar sus tentativas y sus esfuerzos, siempre inútiles y siempre frustrados, por manera que la oposicion continúa que encuentra, sólo sirve para irritarle sin desalentarle; así, según Job, el condenado, á pesar de experimentar la inutilidad de los esfuerzos que hace para ir hácia Dios; los redobla con tanta mayor impetuosidad, cuanto siente más y más la sed ardiente de ver á Dios (1). Lo mismo que un torrente desbordado, si en la impetuosidad de su curso encuentra algun dique ú obstáculo que le detenga, le arrolla y destruye mugiendo con furor; así, cuando las impetuosas corrientes de los deseos apasionados que precipitan á un alma hácia su Dios, son contenidos y rechazados por el mismo Dios, se concentran en ella con más violencia, y la oprimen y atormentan más y más (2).

Pero aún en este mundo mismo acaece, según observa San Agustin, que el amor desatendido se convierte en furor (3). Cuando amais á una criatura que no quiere oír hablar de vos, concluís por aborrecerla, irritaros y poneros furioso contra ella. Mas como ese furor se dirige contra un objeto que, aunque irritándoos con su desprecio, no cesa de cautivaros con sus encantos, vuestro furor entónces todavía es amor, al mismo tiempo que vuestro amor se halla enlazado con el furor: la aborreceis sin quererla mal, y la amais, pero envidiando su felicidad. Así el alma rechazada por Dios llega á ponerse furiosa; se vuelve con una mirada diabólica contra el Dios que desea; mas porque ese Dios que desea no es solamente el Dios amable, sino el Dios soberano, no cesa de desearle aún aborreciéndole. Así, ella desea siempre lo que odia, y siempre aborrece al que desea; le odia y se arrepiente de su rencor, porque su Dios es un bien infinito. Le desea ardientemente y se arrepiente de ese deseo, porque es un juez severo, un enemigo implacable. Así es que unas veces quisiera extirpar de su corazón el instinto que la impele hácia Él, y otras romper sus cadenas y atravesar de un solo vuelo el caos que la separa de Él. Tan pronto quisiera ser absorbida por Él en el cielo, como verle atormentado con ella en el infierno. Ya

(1) Tenebitur planta ejus laqueo et exardescet contra eum sitis. (*Job*, XVIII.)

(2) Cruciatu spiritus eorum in ipsis. (*Job*, X.)

(3) Frustrata cupiditas vertitur in furorem. (*S. Aug.*)

corre hácia Él con impetuosidad, ya le vuelve la espalda con horror. Tan pronto intenta volar á su seno y precipitarse en él, como se lanza para traspasarle; unas veces quisiera abrazarle y otras matarle; le busca, y le evita; le desea, y le huye; suspira por Él, y le detesta; le admira, y le blasfema; y de ahí un tormento atroz, un furor insoportable: *Cruciatu spiritus eorum in ipsis.*

Mas así como le desea sin poder contemplarle, así también le detesta sin poder vengarse; así como le ama sin obtener el poseerle, del mismo modo le aborrece sin poder dañarle; como su amor no tiene dulzura, su ódio no tiene tampoco satisfaccion. El amor la atormenta porque no posee al que es objeto de él, y la atormenta también el ódio, porque es impotente; ama sin el placer de amar, y aborrece sin la satisfaccion del ódio; su amor no une los dos objetos, su ódio jamás los separa completamente; es un amor que hace inútiles esfuerzos para apoderarse del objeto amado; un ódio que hace inútiles tentativas para destruir á su enemigo; un amor que no puede llegar hasta el que ama, y un ódio que no puede sustraerse del objeto aborrecido. Como una nave combatida por dos vientos contrarios, de los cuales el uno la impele hácia la playa y el otro la aleja de ella, no pudiendo resistir á aquellos dos impulsos opuestos, concluye por zozobrar y perderse; así el alma condenada, combatida, atormentada y desgarrada por esos dos afectos contrarios, el amor y el ódio, de los que el uno la atrae continuamente hácia Dios, y el otro la aleja constantemente de ese Dios en quien encontraría su felicidad, el alma, fatigada por la violencia de la tempestad, concluye por abandonarse á sí misma, por naufragar y por perderse en el golfo de la desesperacion (1). Y esa tempestad, ese tumulto, ese desórden, esa desorganizacion, esa lucha, esa monstruosidad intestina, ese despedazamiento espantoso, todo, en fin, deberá ser soportado con el mismo grado de fuerza, de intensidad y de furia durante una eternidad. ¡Suerte cruel!..... ¡Catástrofe horrible!..... ¡Pérdida espantosa, indecible, que sufre el alma el día en que pierde á su Dios!.....

SEGUNDO PUNTO. Cuando San Pablo se despidió de los buenos fieles de Efeso: « ¡Oh vosotros, hijos de mi celo, les dijo, esto es

(1) Veni in altitudinem maris et tempestas demersit me. (*Ps.* LXVIII.)

hecho; es preciso que me separe de vosotros para siempre! Sé que ninguno de vosotros á quienes he anunciado el Evangelio de Jesucristo volverá á oír mi voz ni á ver mi rostro» (1). Al oír estas palabras del Apóstol, dice el sagrado texto, la palidez y la tristeza se pintaron en todos los semblantes, y el dolor y la angustia destrozaron todos los corazones; las lágrimas surcaron las mejillas de todos, y los sollozos y suspiros se exhalaban de los pechos de todos; arrojáronse al cuello de Pablo, le estrecharon entre sus brazos, y cubrieron de besos aquel rostro que ya no debían volver á ver (2).

Pues bien, si la pérdida del grande Apóstol, pérdida de pocos instantes, porque si no le volvían á ver sobre la tierra, dentro de poco tiempo volverían á verle en el cielo, fué tan dolorosa y amarga para los primeros cristianos, ¿qué será, carísimos hermanos míos, si nuestra alma, al salir del cuerpo, oye que la dicen: «¡Atras! ¡Atras! ¡Alma fiel é ingrata! ¡Jamás verás el rostro de tu Dios, durante una eternidad!»

¡Qué sentencia! ¡Qué condenación! ¿Quién podrá medir jamás su extensión? ¡Ah! Si fuese posible el dar la menor idea de ella, el desgraciado rico del Evangelio no hubiera dejado de trazar un bosquejo. Pero no, el réprobo, herido con estas terribles palabras como con un rayo, despavorido, desconsolado, abrumado, se contenta con dirigir hácia lo alto su mirada, como para encontrar allí á Dios y convencerse de si es verdad, como acaba de oírlo, que debe estar separado de Dios por toda la eternidad; y no viendo á Dios, despues de una ojeada que expresa el más ardiente deseo, el más violento trasporte, bien convencido de que efectivamente ha perdido á Dios para siempre, baja su mirada hácia sí mismo, busca en sí al Dios que le está prohibido encontrar por de fuera, y no hallándole tampoco en sí mismo, y contemplando el profundo abismo, el vacío inmenso que esa ausencia de Dios ha producido en su pobre corazón, cae en una profunda tristeza, queda sumido en la desolación, é inmóvil en el sombrío si-

(1) Ego scio quoniam amplius non videbitis faciem meam vos omnes per quos transivi prædicans verbum Dei. (*Act.*, xx.)

(2) Magnus fletus factus est omnium et procumbentes super collum Pauli, osculabantur eum dolentes maxime in verbo quod dixerat, quoniam amplius faciem ejus non essent visuri. (*Act.*, xx.)

lencio del dolor y de la desesperación, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, y de que esa pérdida es tan difícil é imposible de describir como de reparar.

¡Ay! ¿Qué sois vosotras, pérdidas de un padre, de una madre, de un hijo, de una esposa? Pérdida de fortuna, de la salud, de los honores, ¿qué sois vosotras en comparación de la pérdida de Dios? Y sin embargo, cada una de esas pérdidas experimentadas separadamente apura en un instante la paciencia del alma más fuerte que debe sufrirla, y exaspera la elocuencia del dolor que debe deplorarla.

Observad lo que pasa en una persona afectada de una de esas pérdidas. Está abatida, taciturna, con la cabeza baja, los ojos empañados con el llanto, el rostro lívido, y los labios comprimidos por un sombrío silencio. No se atreve á hacer la narración de una desgracia, que se cree impotente para expresar. Y si su tristeza, cansada de sufrir en silencio, trata de desahogarse confiando el secreto de su dolor á un oído amigo, no dice más que: «No puedo expresar lo que sufro.» Los mismos que acuden á consolar á esa persona inconsolable, en vez de hablar, imitando á los amigos de Job, se contentan con permanecer silenciosos á su lado y llorar con ella. ¿Pues qué sería si todas esas pérdidas se acumulasen para llenar de desolación á un corazón mortal? ¿Cómo y en dónde encontrar palabras para expresar semejante dolor? ¿Qué dirémos, pues, de la pérdida que sobrepuja y excede á todas las demás reunidas, la pérdida de ese gran Dios, tan amante, tan digno de todo amor, de ese gran Dios para cuya posesión fué criada toda alma humana?

¡Gran Dios! ¿Será posible que entre los fieles reunidos en este templo de Dios sobre la tierra, se encuentre alguno que sea para siempre excluido del templo de Dios en el cielo?..... ¿Que entre estos fieles que honran á los santos, sean algunos excluidos para siempre de su bienaventurada compañía?..... ¿Que entre estos fieles que adoran á Jesucristo bajo el velo del Sacramento, algunos no le vean jamás á descubierto en la gloria celestial?..... ¿Que entre estos fieles que ahora alaban á Dios y le desean, llegue para algunos el día en que blasfemen de Él, le maldigan y aborrezcan?..... ¿Que entre estas criaturas inteligentes, formadas por Dios para gozarle siempre, haya alguna, una sola, que no vea en la eternidad la faz adorable de Dios?.....

¡Sí, sí, aquí se encuentran algunos á quienes está reservado tan tremendo castigo!..... ¿Quereis saber cuáles son?..... ¿Quereis verlos?..... ¿Quereis conocer si vosotros sois de ese número?..... ¡Sabed que sois vosotros, hombres profanos, esclavos vendidos al mundo y á las pasiones; vosotros que renunciariais fácilmente y para siempre á Dios y su paraíso, si os dejasen sobre la tierra con vuestros placeres y pasatiempos; vosotros que con tanta facilidad os pasais sin Dios; vosotros que con la mayor sangre fria y la más completa indiferencia os privais de la gracia y de la amistad de Dios; vosotros que, como dice San Pablo, aislados de la sociedad del verdadero Israel y del espíritu de la verdadera Iglesia, extraños á toda comunicacion de la gracia, á toda promesa de la gloria, vivís en el mundo, con relación á Dios, como si no existiese, ó al ménos como si no hubiese Dios para vosotros! (1)..... ¡Ay! ¡Corazones infortunados, los más miserables que puede haber, vosotros me causais á un tiempo mismo horror y compasion!..... Es verdad, es de toda certidumbre que Dios hará un dia de vuestra falta vuestro eterno suplicio. Vuestra falta presente es el no cuidar de modo alguno de la union con Dios por la gracia. Vuestro suplicio será el de veros para siempre excluidos de la felicidad de contemplar su rostro en la gloria. ¡Temblad, desdichados!..... Dios sabrá pasarse muy bien sin vosotros, como al presente sabeis pasaros sin Él. Rechazais á Dios continuamente de vuestro espíritu y de vuestro corazon: tambien sabrá rechazaros de su presencia. Por lo presente, no temeis la pérdida de Dios; luego no le amais. No amándole, mereceis perderle; y mereciendo perderle, le perderéis. Separados desde ahora, excomulgados de Dios por vuestra culpabilidad, seréis separados y excomulgados de Él para vuestro castigo. El Apóstol lo ha dicho: «Si alguno no ama á Nuestro Señor Jesucristo, que sea anatematizado» (2). Si yo os dijese lo contrario, os engañaria; á una alma que no teme la pérdida de Dios, no podria decirla que espero su salvacion eterna. Pero no, veo que la sola amenaza de ese espantoso castigo, de verse para siempre

(1) Alienati à conversatione Israel, hospites testamentorum et sine Deo in hoc mundo. (*Eph.*, II.)

(2) Si quis non amat Dominum nostrum Jesum Christum sit anathema. (*1 Cor.*, XVI.)

privados de contemplar la inefable hermosura de Dios, y desterrados para siempre de su presencia, os hace palidecer, os oprime, os despedaza el corazon, os consterna y os abate. Comienzo á esperar algo de vosotros y para vosotros. Vuestros desórdenes no han ahogado todavía en vosotros todo sentimiento de amor de Dios: Víctimas de tantas pasiones, perteneceis todavía á Dios por un hilo, por una chispa de amor inicial. ¡Ah!..... Avivemos esa chispa próxima ya á extinguirse; haced revivir en vosotros el amor, el deseo de Dios, renunciando á todo amor profano; apresuraos á hacer la paz con Dios por medio de la penitencia. Jurad hoy el renunciar á buscar sobre la tierra otro bien que Dios, y merecer de ese modo el estar para siempre unidos con Él en el cielo; jurad el no vivir ya más que para Dios y con Dios en el tiempo, y mereceréis el reinar con Dios y gozar de su vista en la eternidad: *Deus cordis mei, et pars mea Deus in æternum* (1). Así sea.

(1) *Ps.* LXXII.